

## Raza e Inteligencia

*Por el Dr. Luis BOSSANO, Profesor de Sociología de la Universidad Central. Quito, Ecuador. (Del Ensayo en preparación "La Democracia Creadora.") Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

LOS esfuerzos que la ciencia hasta los últimos tiempos alcanzara a realizar nos van mostrando ciertas calidades que conciernen a la realidad corpórea de los grupos humanos y la suma de fuerzas e influjos que operan en ella.

Dentro de los atributos propios y constantes de la Especie humana, cabe anotarse, desde luego, una copiosa variedad de matices y modalidades de diverso orden que determinan la existencia de numerosos grupos. Cuando esas características que son peculiares de cada grupo han llegado a perpetuarse en líneas constantes por virtud de la acción hereditaria, se presenta el caso de lo que ha venido a denominarse una raza. Según este concepto, está en la naturaleza de la raza el encarnar, además de los atributos específicos de lo humano, un conjunto de modalidades propias agregadas a dichos atributos con carácter de permanencia más o menos durable. Como aquellas modalidades confluyen en cada grupo,

ellas vienen a constituir, al propio tiempo, los distintivos de diferenciación entre cada uno.

Surge, pues, de inmediato, la necesidad de precisar el contenido de aquellos rasgos que confieren las peculiaridades enunciadas y el valor que ellos representan en las virtualidades humanas. De antemano, y no obstante constituir este uno de los asuntos más debatidos entre filósofos, pseudo científicos y hasta políticos, ya es dable sentar, en los actuales momentos, ateniéndose a inconcusos testimonios antropológicos, que los atributos de las llamadas razas se representan en una variedad de condiciones de índole morfológica, fisiológica y, por ende, psicológica. Sin embargo, como en el vocablo raza existe una connotación que se vincula al concepto de que ella comporta la presencia de dichas características con esencia, significado y alcances irreductibles enlazados con el criterio de una pretendida superioridad intrínseca, es menester señalar, de paso, las raíces en que aquéllas se conjugan.

El andamiaje biológico del hombre está sujeto a la acción inexorable del barro que lo sustenta y en general de la realidad ambiental que lo circunda. Desde procedencias ancestrales empieza a gravitar en forma de un legado congénito, y luego, a lo largo de su existencia, en ininterrumpidos instantes, la geografía y otros elementos externos operan en toda la marcha de las funciones animales, se traducen en múltiples instancias de la dinámica fisiológica, imprimen sellos inconfundibles en el soma, y acicatean y alientan, sin cesar, las cuerdas del instinto, de la sensibilidad y de la mente.

La radiación solar, en sus diversas formas, en armonía con la latitud y los grados de densidad del vapor de agua, señala sus influjos ya sea en el suelo nutricio, ya también en la propia estructura humana; la constitución de los terrenos, la flora, la vecindad marina, implican recursos y posibilidades peculiares de alimentación, entre otros; la humedad, la altura, la temperatura, confiere, cada una un tono característico al ritmo funcional y sensitivo; el

paisaje, la luminosidad, la ionización atmosférica, la fauna y el relieve actúan con vigor decisivo ya en aptitudes y tendencias de contenido psíquico, ya en moldes que se vinculan al equilibrio nervioso, a índices de salubridad y morbilidad o a medios de contacto y desarrollo colectivos. La vigencia plasmante de las fuerzas telúricas, se incorpora, en marcha ascendente, hacia todos los grados de la vitalidad del hombre. A través del volumen y cualidades con que los elementos externos obran en el humano organismo, desde los principios alimenticios que son asimilados en los procesos del metabolismo, hasta las más extrañas influencias que parten de la materia inerte y aquellos innumerables, visibles y recónditos soplos de la energía cósmica y de la realidad en torno, van modelándose en líneas múltiples de la potencia orgánica, las transformaciones de la capacidad funcional y los poderes de adaptación. Allí están los incontables movimientos fisiológicos derivados de las formas y calidades de la nutrición, de la acción solar y de las condiciones atmosféricas; el maravilloso ritmo de las secreciones internas, la presión arterial, la resistencia a los gérmenes, la función respiratoria, las capacidades generativas, la reacción térmica, el equilibrio del sistema nervioso, entre mil reflujos vitales. Y en este engranaje está gestándose, para dar cima a tan portentosa gradación de las escalas de la vida, toda la intrincada vibración que concierne a las funciones psíquicas, desde aquello que se mueve en el plano de lo instintivo, hasta los resortes de la volición que enfrenan los impulsos de la emotividad y las fuerzas que engendran los procesos mentales.

Dependiente, por tal modo, el sér humano, de los medios de su existencia, de las condiciones de su nacimiento, y los recursos de su desarrollo, bien patente asoma la diversificación de sus características en consonancia con la suma de influjos peculiares que operan en cada colectividad. Preciso es comprender, no obstante, que todos aquellos factores de la realidad ambiental requieren ejercitarse durante generaciones enteras que en acción

lenta y segura transmiten sus efectos a expensas de la herencia, perpetuándose en modo cada vez más definido hasta incrustarse, finalmente, en diversas direcciones de la estructura biotípica.

Los rasgos étnicos, de tal suerte, hay que hallarlos fuertemente ligados a los elementos telúricos. Sólo que para quienes aún se escandalicen de tal aserto, es menester advertir que, para valorar debidamente la acentuación de aquellas características externas que en modo más radical separan a determinados núcleos raciales, hay que estimar en adecuadas proporciones, además de la acción de los milenios que en cada arquetipo humano ha ido conformándose en su medio geográfico, la virtualidad extraordinaria de determinadas fuerzas ambientales que, en edades pretéritas en que la evolución geológica pudo abrir paso a la aparición del hombre; — hubieron de sellar sus influjos incontrastables en el soma humano, con intensidad y calidades que difícilmente podrían por hoy ser determinadas por la ciencia.

Y así como esos conglomerados humanos que llamamos razas responden, con acción necesaria a elementos que ostensiblemente se insinúan en su constitución orgánica y funcional, en su pigmentación y en su general estructura, también la personalidad aislada, el hombre en sí mismo, aparte de la clasificación que pueda caberle en los casilleros de los etnógrafos, no puede acusar otra expresión ni otro rendimiento que aquéllos que hayan debido producirse como resultante de la suma de factores que vengán gravitando en su congénita naturaleza y de los que constituyan elementos sustentadores de su formación, desarrollo y madurez vitales. Por la misma circunstancia, si calidades primordiales de índole psíquica pueden coexistir entre los atributos de tal o cual conglomerado, ellas serán intrínsecamente variables y modificables por el influjo de factores hereditarios y mesológicos, de formas de vida y recursos de existencia que, en el instante de afectar a los órdenes de la realidad biológica, han de repercutir inexorablemente en las diversas líneas y tonos de la vida concienial.

Los atributos generales humanos, pues, en uno u otro modo, hay que encontrarlos asociados a aquella suma de fuerzas que en manera directa o desde raíces ancestrales se hallan operando en los resortes de cada personalidad, de cada grupo, de cada conglomerado. Las necesidades inherentes a ellos, por lo mismo, se conjugan al tenor de dichos atributos que, si bien parten de una realidad biológica, adquieren significado propio, se elevan y se afinan en grados varios de los planos más nobles de la existencia espiritual.

En tal sentido, se hace indispensable esbozar, por lo menos, un concepto de la naturaleza de aquella actividad propia del espíritu humano o de las categorías funcionales que a ella corresponden.

Ha constituido un criterio generalmente aceptado el concebir a la inteligencia como la categoría de valor y virtualidades preponderantes entre todas las facultades que integran el patrimonio espiritual del hombre.

En los órdenes diversos con que se ha expresado en todos los tiempos la energía psíquica, con sus tipos promediales, especialmente en la ciencia y en la filosofía, ha asomado la inteligencia como el generador exclusivo. Por otra parte, la obra de los conductores de pueblos, las demostraciones refinadas del sentimiento estético, la dirección destructiva de los jefes de ejército y hasta los actos más triviales de la existencia, han sido invariablemente juzgados en la medida que en todos ellos era dable atribuir al papel de la inteligencia. La naturaleza del genio, en cualesquiera de sus líneas, no ha sido interpretada, a menudo, sino como el fruto de caudales superlativos de fuerza mental, o, por lo menos, que ella estuviese rigiendo, desde un plano superior y preponderante, otras potencias psíquicas de volición y sentimiento.

El concepto, empero, de esta facultad humana, ha sido tan poco preciso, tan cambiante, y, a veces, tan arbitrario, como las interpretaciones que de sus propias fuentes y realidades han podido efectuar quienes de ella se han preocupado.

De todos modos, esfuerzos meritorios que investigadores de la Ciencia Psicológica han venido realizando en los últimos tiempos, han permitido ubicar mejor el rol dominante en las actividades de la inteligencia, si bien ella en modo alguno no puede apartarse, con líneas netas de separación, de otras operaciones de la conciencia en forma constante asociadas a ella y que eventualmente pueden impulsar, retardar o interferir sus papeles primordiales. Esta consideración es tanto más apreciable, cuanto que, así como aquélla puede dar ordenación reflexiva —y hay que establecer, de antemano, que de hecho da, en grado mayor o menor— a las demostraciones que parten de lo meramente afectivo o de los resortes de la voluntad, también estos procesos, entre otros, actúan sin cesar, imprimiendo tonos y cualidades de infinita variedad a los actos que pueden llamarse de elaboración mental.

Sin perder de vista a estos órdenes de relatividad siempre operantes, bien puede ser recogido, como una determinación, acaso la más completa, el ámbito conceptual que del valor inteligencia ha llegado a establecer el ilustre psicólogo Henry Pieron, quien a la vez, se ha basado, con frecuencia, en conclusiones de Claparede, de su maestro Binet, de Alfredo Giard y Alberto Dastre, preferentemente.

Partiendo de la atención y la ideación, de la abstracción y la generalización, hay que hallar otra esfera más compleja de procesos que corresponden por esencia a la comprensión, la invención y la crítica. Ellos, como actos mentales centrales, entran en juego para constituir un nivel general de capacidad en una inteligencia, en su papel propio dirigido a “resolver problemas nuevos”. Y, alrededor de aquéllos se desenvuelven, desde luego, operaciones mentales que cada individuo puede rendir hacia ese fin, dentro de sus peculiares posibilidades. La invención se apoya en la facultad crítica para alcanzar el grado mayor de comprensión, pero se basa también en una aptitud imaginativa. Y si bien es verdad que

ninguna de estas capacidades suelen presentarse en grado cabal y equivalente en las personalidades a las que normalmente se considera dotadas de un alto nivel de inteligencia, ellas asumen el rol fundamental y constante en una función que, teniendo, por lo común, alcances variados y complejos, representa la actitud y la aptitud serenas de la mente que se desenvuelven en una suma de procesos psíquicos para captar una realidad, resolver una incógnita o elaborar creaciones en planos que, respondiendo a necesidades humanas, pueden ser de convivencia, de técnica, de contemplación o de belleza. Por eso, esta capacidad contraída a enfrentarse con los “problemas” del hombre mediante frías operaciones de penetración integral, debe llevar el campo de sus virtualidades en círculos cada vez más dilatados hasta constituir lo que se ha denominado una inteligencia global.

En suma, en la facultad inteligencia se asocian, junto a operaciones de grado fundamental que implican elaboraciones de ideas con sus asociaciones y representaciones, procesos más trascendentales que se resuelven en un poder de captación tanto mayor y más profundo cuanto más completos y proporcionados estén ellos desenvolviéndose. Por tal concepto, la inteligencia global exige una capacitación plena para mover y utilizar dichas fuerzas —comprensión, invención y crítica— en toda la infinita variedad de líneas susceptibles de la contemplación del pensamiento, cada una de las cuales comporta o puede comportar un problema potencial.

La inteligencia, en tal manera, como facultad de percibir y de crear, de resolver problemas del Universo y de la Vida, no debe entenderse, en modo alguno, a través de las manifestaciones localizadas o limitadas en planos parciales de la actividad mental. La peculiar aptitud para el arte literario en sus grados ordinarios y frecuentes, para manejar grupos humanos o para hacer dinero, entre tantas otras formas de “una” aptitud inteligente, no representan, en realidad, sino modalidades de la inteligencia que se han

canalizado en aislados sectores. Por esto hallamos, a menudo, individuos ventajosamente conocidos y aún admirados por su valor mental en determinada actividad, mas cuyas actitudes en otros planos asoman contradictorias con los actos u obras que han acreditado su prestigio. Y esto, sin considerar todavía la acción perturbadora de otras procedencias.

La inteligencia se expresa en una constante reacción de facultades, plenamente conscientes y reflexivas, a todos y a cualesquiera de los estímulos en torno. Es llevar una permanente disposición para desenvolverse, mediante una cabal apropiación, en todos los problemas planteados a la mente. Por eso es, ante todo, una suma de virtualidades coordinadas y equilibradas con vista a una realidad, y encarna, desde luego, una como asociación de potencias para la visión y compenetración eventuales frente a las contingencias percederas o las cosas eternas.

Y ya no es un secreto que todas estas virtualidades se alienan, con eficacia y regularidad mayores o menores, en armonía con el ritmo de la vitalidad orgánica y funcional de cada ser humano y de la riqueza y caudales con que la corriente sanguínea está saturando de estímulos y energías a neuronas y tejidos nerviosos.